

PALABRAS PRONUNCIADAS CON MOTIVO DEL OTORGAMIENTO DEL  
TÍTULO DE DOCTOR HONORIS CAUSA  
POR LA UNIVERSIDAD BARRY

*Miami, Florida, 28 de mayo de 1995*

Excmo. Sr. John Favara, Excmo. Sr. Agustín Román, distinguidas Hermana Jeanne O'Laughlin, op Presidenta, y D. Inez Andreas, Directora de la Junta de Regentes, Sr. Rector y claustro de profesores de este alto Centro Docente, señoras y Señores.

Desde antes de conocer la fecha probable de mi viaje a Miami, esta Universidad de Barry me hizo llegar una invitación para que la visitara. Me comunicaba al mismo tiempo el acuerdo de otorgarme el título de Doctor *Honoris Causa* que confiere esta prestigiosa institución.

Agradezco vivamente este alto honor que en mi persona la Universidad de Barry confiere a la Iglesia Católica de Cuba y al pueblo cubano.

A la Iglesia Católica cubana, porque el que resulta inmerecidamente distinguido es Cardenal de la Iglesia y ejerce su ministerio episcopal en Cuba como Arzobispo de La Habana. Al pueblo de Cuba, porque ese Cardenal Arzobispo de La Habana es cubano y todo lo que a mí me honra, honra también a mi amada Patria. Expreso de antemano mi gratitud por este gesto que cobra también una especial significación y contribuye a los empeños de la Iglesia Católica por acercar cada vez más las comunidades eclesiales de Cuba y del Sur de la Florida, unidas por su común fe católica. El estrechamiento de esos lazos puede llegar a ser un medio privilegiado para impulsar la concordia y la unidad entre todos los cubanos.

Un centro de estudios como este, es una hermosa realización que participa en el desarrollo intelectual, técnico y profesional de la gran nación americana, desde su identidad católica.

Para nosotros en Cuba, un proyecto así es actualmente impensable, pues toda la educación primaria, secundaria y superior es dirigida por el Estado. Sin embargo, la Iglesia Católica en Cuba siempre aspira a tener sus propios centros de enseñanza como los tiene en tantos países del mundo y como los tuvo en el pasado en nuestro país, de acuerdo a la tradición de educación cristiana que hubo en Cuba desde los inicios de la colonización española.

La historia de la educación en Cuba encuentra sus raíces a principios del siglo XVI, cuando también comienza la colonización. La educación en Cuba nació cristiana debido a varios motivos.

Se iniciaba en un marco de cultura cristiana, más en concreto, de la cultura católica propia de la Reconquista y del apogeo político de la Casa de los Austria.

El primer maestro cubano es el sacerdote nativo Miguel Velázquez, a quien se le confió esta tarea. A sacerdotes y religiosos les corresponde mayormente la continuación de esta labor hasta inicios del siglo XIX.

Indudablemente existe una específica inspiración cristiana en los agentes, métodos, estilos y contenidos de la educación en Cuba, aun en las disciplinas estrictamente seculares.

Hasta el año 1670 no se encuentra el vivo deseo de fundar un centro universitario en Cuba. Corresponde a la iniciativa del fraile dominico Diego Romero, prior de la provincia eclesiástica de Santa Cruz de las Indias, la petición al cabildo habanero para crear una universidad en el convento de San Juan de Letrán de La Habana. Las gestiones no prosperaron de inmediato hasta que, en 1721, el Papa Inocencio XIII por el Breve Apostólico *Aeternae Sapientiae* creó la Universidad de La Habana, la cual no se fundó hasta el 5 de enero de 1728, prácticamente dos siglos más tarde de que se fundara la primera universidad en el Nuevo Mundo, en este caso, la de Santo Domingo en 1538.

La primera universidad surgía como Real y Pontificia, debido a la naturaleza de su doble origen (la sujeción al Real Patronato y el Breve Pontificio). Llevaba el nombre de San Jerónimo, aludiendo al nombre de quien era obispo de Cuba en aquel entonces: Jerónimo Valdés. El número de cátedras ascendía a 21, repartidas en las siguientes materias: Teología (a cargo de los frailes dominicos), Leyes, Cánones, Medicina, Artes (Filosofía), Matemáticas, Sagradas Escrituras, Retórica y Gramática, a cargo de seculares.

No se puede hablar de la enseñanza universitaria en Cuba, sin mencionar la extraordinaria labor realizada por el Seminario «San Carlos y San Ambrosio», fundado por el rey Carlos III en el año 1772. Por sus planes de estudio, el seminario estuvo afiliado a la Real y Pontificia Universidad de La Habana; de modo que podía preparar a sus alumnos para grados académicos, no solo de carácter teológico; sino además para los de carácter secular. Al seminario de La Habana venían a estudiar alumnos que se preparaban para recibir las Sagradas Órdenes junto con los que se formaban en Filosofía, Letras, Derecho y Ciencias.

El seminario tuvo su época de oro, que podemos fijar entre el año 1790 y 1842. En 1790, llega a Cuba el más excelente de los gobernantes españoles que rigió la isla durante los cuatro siglos de dominación española, Don Luis de las Casas, hombre iluminado, hijo de su época, la del Despotismo Ilustrado, trajo a Cuba aires de renovación encaminados a elevar el nivel económico, político y social de esta porción de España que, ya después del fin de la dominación inglesa, comenzaba a ver el nacimiento de las primeras semillas de su nacionalidad.

El influjo renovador de De Las Casas en la vida de Cuba se sintió por sus efectos en las aulas del seminario. El Padre José Agustín Caballero, profesor y vicerrector del seminario durante muchos años, fue uno de los principales colaboradores de De Las Casas. Él es el Padre de nuestra Filosofía – así lo llamó Martí–, porque a él se debió el inicio de la renovación de los estudios filosóficos en el seminario de La Habana, que es lo mismo que decir en Cuba. A dos cuadras del seminario, permanecía la vieja universidad; vieja en su edificio, vieja en sus estudios –se dice que tenían dos siglos de atraso–, vieja en sus profesores, quienes no hallaban modo de quitarse de encima el vetusto Peripato. Aquella universidad no respondía en su enseñanza a la nación que nacía; por eso, los hombres más lúcidos de esa nación encontraron en el seminario «San Carlos y San Ambrosio», el centro capaz de proporcionarles maestros, estudios, métodos, pero sobre todo nuevas ideas, a fin de construir la nueva patria. Solo así es explicable que, en los inicios de la tercera década del siglo XIX, el seminario llegase a tener una matrícula de 700 alumnos.

Félix Varela, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero, Nicolás Escobedo, Carlos Manuel de Céspedes, Rafael María de Mendive, Domingo del Monte y Cirilo Villaverde constituyen lo mejor del alumnado del seminario en su época de oro; al mismo tiempo que son las células fundacionales del pensamiento netamente cubano. Ellos aprendieron a pensar como cubanos y produjeron un pensamiento cubano en lo filosófico, lo político, lo social, lo económico y lo cultural.

También Martí llamó a José Agustín Caballero, el Padre de los Pobres. No se equivocó, porque nadie puede contradecir que la educación del Seminario San Carlos, en su época de oro, tuvo un marcado carácter de transformación de la realidad sociopolítica. Igual calificativo podríamos aplicarlo al resto de los prohombres antes mencionados.

El Padre Félix Varela continuó la obra renovadora del Padre Caballero, ahora sostenido por quien desde el año 1802 ocupó la silla episcopal habanera, el obispo Juan José Díaz de Espada y Landa, hijo también del pensamiento iluminista. Nuestro Martí le dio un hermoso calificativo: «*El más cubano de los españoles*». Otros lo llaman «*el más grande de los obispos habaneros en el pasado*». Espada no se limitó a un quehacer estrictamente cultural, sino que su presencia benéfica se hizo sentir en los más variados aspectos de la vida nacional llevándoles progreso humanizado. Si Varela pudo hacer toda la renovación de la enseñanza en el seminario San Carlos, fue porque Espada la quería realizar y por eso lo apoyó.

En el seminario, Varela cambió el Latín por el Español en las clases, transformó la enseñanza de la filosofía, correspondiente a la decadencia de la segunda escolástica, por métodos más positivos y racionales; introdujo la enseñanza de la Física y la Química Experimentales; finalmente se crearon las cátedras de Economía Política y Derecho Constitucional. ¿Qué más pedir para una reforma de la enseñanza, realizada en un período menor de diez años? La reforma varelana no dejaba aspectos de la vida integral de los hombres sin tocar. Constituye un modelo de enseñanza integral –en el marco de su época–, para conformar un modo peculiar del pensamiento de una nación. Los efectos de esa enseñanza marcaron la vida de la nación cubana durante el siglo XIX hasta llegar a Martí en el 95 glorioso.

Un análisis riguroso de los contenidos de la enseñanza del seminario «San Carlos» nos conduce a descubrir una realidad: todos iban dirigidos a la promoción del hombre cubano de fines del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX. El carácter humanista de los estudios del seminario habanero en este período es evidente y singular. El objetivo de la enseñanza humanista del seminario habanero sobrepasó las metas de aquellos hombres que concibieron tal objetivo. La historia de la educación en Cuba, y, aún más, la historia de Cuba, quedará marcada de modo indeleble por todo aquello que en esta institución se fraguó. Minorías selectas, al decir de Medardo Vitier, influyeron de modo insospechado sobre la vida de una nación, porque los objetivos de una verdadera educación han de medirse por el grado de formación humana, social, política y económica que alcanza; en una palabra, el influjo ético de la formación académica de este alto centro eclesiástico queda patentizado en los frutos del mismo no solo en la vida eclesial cubana, ni siquiera en una etapa de la historia de la nación, sino en toda la historia a partir de la última década del siglo XVIII.

Pero pudiéramos preguntarnos: ¿qué subyacía en el fondo de este interés antropológico de la enseñanza impartida en nuestro seminario durante sus años áureos? La renovación de esta enseñanza se efectúa en un ambiente moral cristiano. Sus principales promotores fueron hombres de Iglesia, algunos de ellos murieron con fama de santidad; otros constituyen un ejemplo de vidas intachables. El desinterés y la abnegación se evidencian en todos. Sus vidas son una muestra de coherencia y rectitud. No es difícil encontrar a flor de tierra los valores del Evangelio de Jesús presentes, no de modo superfluo, sino sustancial. Las raíces de la enseñanza impartida en el seminario «San Carlos y San Ambrosio» durante su época de oro encuentra sus raíces en el cristianismo.

La lucha por la promoción de la dignidad humana y los valores de la libertad, la justicia, la fraternidad, la verdad, el amor a la Patria y a su progreso enseñados en «San Carlos» se nutren en la siempre fresca savia del cristianismo. La nacionalidad cubana nació cristiana, independientemente del rumbo que se le haya podido dar después; y esto se debió a la patriótica y cristiana labor de aquellos hombres que, según palabras de Chacón y Calvo, representan al Patriarcado de la nación.

Las corrientes sociales y políticas vigentes en Cuba a lo largo de la pasada centuria, encuentran su punto de partida en la atmósfera educativa del seminario durante la etapa de su historia a la cual nos referimos. El antiesclavismo, el reformismo, el independentismo y el antianexionismo hallan el origen de sus hilos conductores en el ambiente nacionalista de los hombres que se formaron en las aulas del seminario.

Por el antiesclavismo lucharon el Padre Caballero, el Padre Varela, José Antonio Saco y José de la Luz y Caballero. El primero de ellos, ya a finales del siglo XVIII, calificó a la esclavitud como «la mayor maldad civil que han cometido los hombres» y llamó a los esclavos «nuestros hermanos y prójimos a quienes debemos tributar la más sincera compasión y benevolencia». Él hizo ver a los ricos de su tiempo, miembros de su clase y alumnos de sus aulas, que eran aquellos, los esclavos, los «brazos que sostienen nuestros trenes, mueblan nuestras casas, cubren nuestras mesas, equipan nuestros roperos, mueven nuestros carruajes y nos hacen gozar de los placeres de la abundancia». Por su parte, José de la Luz y Caballero llamó a la esclavitud «nuestro veneno, nuestra lepra social, nuestro pecado original».

La corriente reformista que proponía un conjunto de mejoras encaminadas a elevar el nivel autonómico, económico y social de la nación, aunque sin que esta tuviese que romper sus lazos con España, también fue formulada por algunos alumnos y profesores del colegio seminario. Ellos contribuyeron, a su modo, a concebir un proyecto de vida nacional que dignificase a Cuba, y lo hicieron valer a lo largo de todo el siglo XIX cubano nutriéndose del pensamiento humanista aprendido dentro de los muros del viejo caserón.

El independentismo encuentra en el Padre Félix Varela su primer exponente de clara trascendencia. Sus escritos políticos revelan la talla del pensamiento independentista de Varela, exento de todo utilitarismo y lleno de un immaculado patriotismo. El origen de las ideas independentistas en Cuba hay que ir las a buscar al pensamiento del Padre Varela. Este concibió a Cuba tan isla en lo político como en lo geográfico. Enseñó a pensar, porque así se empieza a ser libres. Cantó a la libertad con su pensamiento y su propia vida, alimentada esta desde el sacerdocio de Jesucristo.

Profeta, sacerdote y cristiano son las distintas dimensiones del Padre Varela que se imbrican íntimamente para dar a luz al patriota.

El anexionismo no estuvo presente en ninguno de los hombres de «San Carlos». Sus gestores más notables, así como la estructura de su pensamiento, los hallamos fuera del recinto situado en la vieja calle de San Ignacio. Uno de los alumnos –y luego profesor– del seminario en su dorada etapa, el publicista José Antonio Saco, representa la voz más alta del antianexionismo en aquellos tiempos en los que algunos cubanos volvían su mirada a la gran nación del norte como solución de los problemas de la isla. Saco diría: «*la anexión, en último resultado, no sería anexión, sino absorción de Cuba por los Estados Unidos*». También afirmaría: «*yo desearía que Cuba no solo fuese rica, ilustrada, moral y poderosa, sino que fuese Cuba cubana y no angloamericana*». De manera clarividente, Saco se oponía a la anexión político-económica, sino a lo que sería un mal peor: la anexión cultural. Este pensador, que jamás fue independentista, supo expresar desde su pensamiento reformista, antiesclavista y antianexionista lo más sagrado de la cubanía patria, que es la lucha por la identidad nacional.

En 1842, la Universidad de La Habana se seculariza como consecuencia de la extinción de las órdenes religiosas en todo el territorio español. Los frailes dominicos fueron exclaustrados y la dirección de la universidad pasó al gobierno de la metrópoli que nombró una administración laica. Un nuevo plan de estudios fue puesto en vigor y con ello al Real Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio se le suprimió la facultad de la enseñanza académica de carácter secular, dejándosele exclusivamente los estudios propios de la formación sacerdotal. Con esta medida se cierra lo que hemos venido llamando Época de Oro del seminario.

Existe un cierto vínculo entre el seminario y Martí. El eslabón viene dado a través de su maestro, Rafael María de Mendive, quien fuese alumno laico del seminario. No es exagerado pensar que en la formación del Apóstol de Cuba estuviese presente todo el caudal espiritual, moral y patriótico que corrió por las aulas del glorioso centro de estudios. El seminario es la cuna de la nacionalidad cubana, y Martí constituye el exponente más elevado de esta nacionalidad. El pensamiento antiesclavista, independentista y antianexionista, nacidos de la enseñanza fundacional del seminario, alcanza en Martí sus expresiones más elevadas. Tales ideas cobrarán estructura orgánica en el pensamiento martiano, se plasmarán en el Partido Revolucionario Cubano y se concretarán en la praxis martiana para edificar la república cordial.

Los valores cristianos de libertad, igualdad, fraternidad no excluyente, abnegación, desinterés, amor promocional al hombre, que están en los cimientos de la enseñanza ética del seminario de La Habana, son percibidos de modo claro en el pensamiento y en el quehacer martiano. Martí no habla de odios, de revanchas, de divisiones de inspiración maniquea, y de opción por el poder hegemónico. El Apóstol de la Independencia hablará siempre de unidad, su quehacer político tiene la impronta de la unidad que se fabrica desde el pluralismo. Su biografía demuestra que no era un hombre de

capillas ni de círculos cerrados, porque estaba convencido que la identidad nacional no podía construirse sin las bases del «*con todos y para el bien de todos*».

Asistimos hoy a una vuelta al pensamiento martiano en su integridad. Este año del centenario de la caída en combate de Martí, ha servido para reforzar la acción de su pensamiento en la vida de los cubanos.

Retornar a Martí, que es el cubano excepcional, cuyo pensamiento tiene contenido y resonancia universal, es reencontrar a nuestros próceres y a aquellos que formaron con su pensamiento y el testimonio de sus vidas el sentir nacional cubano. Porque Martí no es un hombre aislado, sino que en comunicación con sus coetáneos es el heredero de esa tradición independentista, antiesclavista, antianexionista de nuestro Seminario San Carlos. Como hemos visto, no solo el pensamiento que se forja en esta noble institución, sino la integridad de vida de quienes lo sustentaban, habían hallado su inspiración y su modo propio de configuración y expresión en la fe cristiana.

Por eso en este año de análisis y reflexión sobre la obra martiana es frecuente encontrar en centros de estudio, en foros nacionales e internacionales tenidos en La Habana o en otras ciudades de Cuba, temas como «el amor en la obra de Martí», «el pensamiento cristiano en Martí», etc.

La vuelta a nuestras raíces como nación nos hace redescubrir invariablemente la impronta cristiana en nuestro ser nacional. Esto puede ayudarnos a muchos cubanos a forjar actitudes nuevas, enraizadas en convicciones originariamente cristianas, pues todos reconocemos que el pensamiento de los fundadores de la Patria tiene plena vigencia.

De ahí la importancia de una educación cristiana actualizada y fiel al mensaje de Cristo y a su Iglesia. Trabajar por ella es hacerlo no solo para la generación presente, sino para los tiempos futuros.

De ahí nuestro aprecio y alta valoración del trabajo universitario y el sentido particular que confiero a esta dignidad que me otorga la Universidad de Barry. Muchas gracias.